

“EL RENACIDO”

UN CAMELO VISUAL BASTANTE DESABRIDO

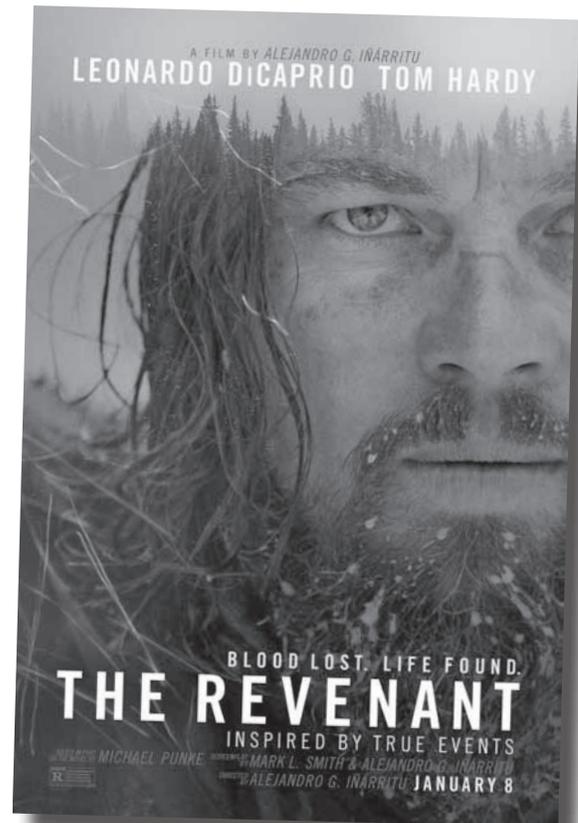
Avin Vázquez

Debo aclarar que desde siempre, o desde que estrenó su primera cinta en México, he sido admiradora del trabajo de Alejandro González Iñárritu; en algún momento de mi corta carrera tuve oportunidad de entrevistarle y recuerdo con claridad la respuesta que me dio al preguntarle sobre las problemáticas de hacer cine en nuestro país, algo de lo que muchos realizadores se quejan por falta de apoyo, presupuesto y distribución.

“Yo no puedo echarle la culpa a mi país de si he triunfado o no. Trabajé duro en la publicidad para hacerme de mis propios medios y costearme mis películas y así no tener que culpar a nadie de lo que soy capaz o no de hacer.”

Esas palabras han marcado mi vida desde entonces, no debemos responsabilizar a nadie por nuestro trabajo, al final nosotros decidimos cómo hacerlo y hasta dónde queremos que llegue, y adopté este racional también en mi forma de trabajar como una guía a seguir. De este modo Iñárritu se convirtió en algo así como un héroe para mí, aquél que había logrado sobresalir en México, triunfar en el extranjero, hacer películas maravillosas con actores de renombre e incluso llegar al Óscar y cambiar la percepción que teníamos del cine mexicano, el cual hasta que llegó “Amores Perros” estaba destinado a hablar de mexicanos jodidos, ficheras o telenovelas cinematográficas. Iñárritu introdujo una nueva narrativa, nuevas temáticas, estructuras a las que poco estábamos acostumbrados, una fotografía distinta y entonces nos dio orgullo ser mexicanos, ¡hasta Gael García salió beneficiado!

Todo parecía ir bien y de la mano de la armónica mancuerna que logró armar con su hasta entonces amigo guionista, Guillermo Arriaga, con quien trabajó hasta el estreno de “Babel”. Pero después vino la batalla de egos; el eterno debate de quién es mejor, si el director o el escritor, y decidieron separarse y escribir y dirigir su propias películas cada uno por su lado. Así, a la famosa trilogía de “Amores Perros”, “21 gramos” y “Babel” creadas en conjunto, le siguieron grandes intentos cinematográficos de ambos ya de manera individual: “Biutiful”, “Los 3 entierros de Melquiades Estrada”, “Birdman”, “The Burning Plan” y la más reciente, “The Revenant”, en México titulada “El renacido”.



No lo negamos, ambos han obtenido grandes resultados y son, quizá, el referente de lo que un director y guionista de cine deben o aspiran llegar a ser al menos en nuestro país, pero ninguna cinta de las antes mencionadas ha logrado cautivarnos tanto como cuando los veíamos narrar sus historias juntos. ¿Qué fue lo que sucedió?

Cuando uno es aceptado en una industria tan importante como la del cine hollywoodense, la estancia es como en la de cualquier otro club: existen reglas que se deben cumplir, estándares que mantener, códigos que se deben respetar; imagino a la Academia de Artes Cinematográficas como una religión en la que hay cosas que están permitidas y cosas que no, pues también están los excomulgados: Lars Von Trier, Woody Allen, Stanley Kubrick, Ridley Scott... Quienes se han rehusado a seguir los lineamientos y entonces nunca de los nunca serán considerados para unirse al cotizado club.



Ahí es donde entra el querido “Negro”, como le conocen sus amigos más cercanos. Con el reconocimiento llega la fama, luego el dinero y luego el Óscar y qué es mejor: ser un total desconocido, pero reconocido por ser un gran artista, o ser famoso, adinerado y ser de los primeros mexicanos en triunfar en Hollywood a pesar de comprometer tus valores. Lo segundo suena definitivamente más atractivo, porque es real que lo comercial puede no estar peleado con lo artístico, pero muy pocos logran esa gran combinación.

Iñárritu se ha convertido en un especialista en entregar trabajos que muestran una insuperable capacidad técnica y cómo no, si cuenta con la maestría de “El Chivo” Lubezki a la mano, quien ya sabemos que es un mago de la fotografía; pero más allá de saber en dónde poner la cámara y hacer sufrir a sus protagonistas por lapsos que parecen interminables, no encontramos más aquellas historias icónicas y personajes entrañables de los que nos enamorábamos en sus primeros trabajos. Y “The Revenant” no es la excepción.

La majestuosidad con que se muestran los paisajes, el brillo de la nieve, lo intenso de la sangre y el agudo sufrimiento del personaje principal, Hugh Glass, interpretado por Leonardo Dicaprio es, sin duda, de lo mejor logrado en la cinta. Pantallas que se empañan mientras el protagonista lucha por mantener un suspiro de vida nos hacen sentir su pena y querer respirar por él, pero más allá de eso nos perdemos en la inmensidad de la montaña tratando de ubicar estos sucesos en la historia.

El guion depende totalmente de la interpretación de Dicaprio, pues además de sus jadeos, contorsiones y complicaciones no hay hechos que contar; la trama no profundiza ni nos pone en contexto, sabemos que un grupo

de tramperos son asaltados por indios americanos, pero no se nos cuenta nada más, porque al final eso no es importante, lo importante es ver a Glass luchar contra un oso y sobrevivir; caerse de una pendiente sobre un caballo y sobrevivir; romperse todos los huesos posibles del cuerpo y sobrevivir; todo para poder vengar la muerte de su hijo, quien fue asesinado por uno de los exploradores a quienes sirvió de guía. Pero además, nada de esto parece tener sentido porque después de tanto batallar, todo se deja “en las manos de Dios”.

Con todo esto de antemano, ¿por qué querría alguien pasar las próximas dos horas y media de su vida viendo sufrir a alguien casi hasta la muerte? Para tal caso mejor ahorrarse la tortura y ver las repeticiones de la serie de televisión “Sobreviví” de Discovery Channel, que al menos sabemos que están basadas en hechos reales y sólo duran una hora, o bien, nos leemos un libro de superación personal y cómo mantenerse a flote frente a las adversidades, porque en verdad que ni para aprender algo de historia nos da. Si la venganza justifica la pérdida de tiempo habrá quien definitivamente crea que es una obra maestra; para quienes prefieren cintas con mucho más carnita, que no sólo se quedan en un caramelo visual, ésta será una decepción total.

Lo que sí es un hecho es que este año veremos a Iñárritu por todos lados, encantando a los críticos y a las masas (como buen publicista), cosechando éxitos, recibiendo premios y creando piezas que visualmente encantan, pero que en la historia no trascienden. ¿Creo que su trabajo está sobrevaluado? La verdad no; creo que es un grande, creo que su potencial es enorme, creo que puede hacer películas espectaculares capaces de marcarnos de por vida, pero simplemente decidió irse por el camino fácil y recibir muchos premios. Inteligencia le sobra, tampoco está en discusión. El año pasado fue capaz de rescatar a Michael



Keaton del olvido y llevarlo de regreso a la gloria, transformarlo en un hombre nuevo a sus 64 años. Keaton se vio una vez más frente a los reflectores, recibiendo aplausos y, lo mejor de todo, evaluando contratos. Y ahora, por qué no jugar otra vez el papel de dios y regalarle a Leonardo Dicaprio eso que le han negado año tras año, un Óscar. Tampoco está garantizado, pero existe la posibilidad de que todo este show en medio de la nada, osos, indios y pescados crudos hayan sido su objetivo desde el principio: no hacer cine, no contar historias desgarradoras, no ser artista, sino llevar a Dicaprio al altar y convertirlo en su nueva marioneta, en el santo que casi muere actuando. Visto desde ese punto de vista, Iñárritu sería entonces un genio hacedor de milagros.

Habrà quien me contradiga y diga que “El renacido” es una oda visceral al sufrimiento humano, una obra maestra, y seguro hasta me tache de malinchista, pero estoy segura de que no lo soy, mi opinión no tiene nada que ver con si es mexicano, alemán o ruso; el cine, como el arte, debe ser una expresión universal y cuanto más neutral mejor. Tampoco quiero ver a los actores hablando español ni me interesa que filme en México. Rezo solamente por una pizca de honestidad y una dosis de aquella pasión con la que antes estaban hechas sus películas. Porque la realidad es que a él tampoco creo que le importe más representar a su país, su ambición va mucho más allá de eso, supongo que prefiere dejar claro quién es el jefe y lo bueno que es ejecutando sin importar el guion que le pongan enfrente; después de todo, Iñárritu tiene lo que siempre quiso: fama, fortuna y a toda la Academia de Cine a sus pies. Tanto con tan poco. Si quisiera ser otra cosa, tan sólo seguiría haciendo cine. ❏

Avin Vázquez (Ciudad de México, 1980). Mexicana, licenciada en Comunicación Visual por la Universidad de la Comunicación. Colaboró en el Grupo Expansión, en UNIVISIÓN y es actualmente coordinadora editorial de una agencia de publicidad mexicana.

